

LA FLOR DE LA DEIDAD



CUENTOS FOLKLÓRICOS ARGENTINOS

Digitalizado por **LIBRO**dot.com

Había un rey que tenía tres hijos. Este rey había quedado ciego de la noche a la mañana, y no dejó médico a quien no pidiera remedio para su ceguera. Ya desesperaba de curar, cuando un día llegó a su casa una vieja bruja, quien dijo al rey que el único remedio para su enfermedad era "la flor de la deidad". La bruja también dijo que para conseguir la flor había que vencer muchas dificultades, y que ella no podía revelar el lugar donde existía esa flor, pues si no, perdía sus poderes curativos.

El rey llamó a su hijo mayor y le comisionó la tarea de buscar la flor. Fue así que de inmediato se puso en marcha, sin rumbo fijo y guiado por el acaso.

Al día siguiente, el hijo segundo del rey se presentó a su padre diciendo que él también quería ir en busca de la flor. El rey se opuso, pero, ante su insistencia, accedió y el joven partió.

Al día siguiente era ya el menor de sus hijos quien solicitó al rey la bendición y el permiso para partir en busca de la flor de la deidad. El rey se enojó ante la audacia del shulca¹, pero éste insistió tanto y tanto que el rey tuvo que dar su consentimiento y el joven emprendió su camino.

Tres días después alcanzó a sus hermanos, quienes trataron de impedir que siguiera viaje con ellos, pues lo sabían muy osado al shulca. Todos sus afanes para hacerlo desistir fueron inútiles y al fin lo dejaron seguir, no sin conquistarse a calladas para matarlo después, si resultaba ser más certero que ellos.

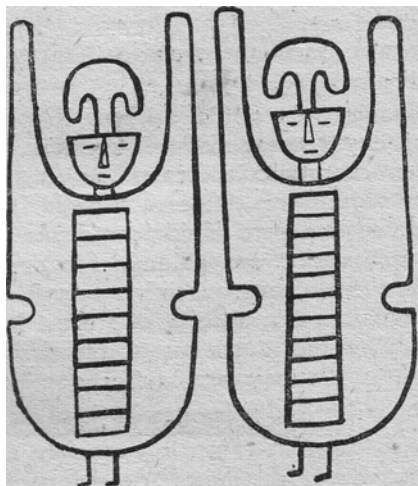
Marcharon juntos, pero al día siguiente el camino que andaban se les presentó dividido en tres pequeñas huellas. Aquí resolvieron separarse y seguir cada uno por una senda; a juicio de los hermanos mayores, la huella que estaba más borrada prometía ser la más peligrosa e insegura; ésa fue la que indicaron al shulca.

Siguió el menor la débil senda y al amanecer del nuevo día encontró un viejito montado en un burro, quien desde un trecho le dijo:

-¿Adónde vais, criatura?

-Voy en busca de la flor de la deidad.

Ah, pobre chico! -contestó el anciano-. No sabes lo difícil que es conseguirla, pues hay que luchar con grandes peligros. Tus hermanos te han despachado por el peor camino de los que conducen a la laguna donde está la flor. Ellos llegarán antes; ya les he informado también a ellos de los peligros que corren, y les he dado armas para vencer, sí se esfuerzan. Pero sé que se van a acobardar ante el peligro, y la ocasión será tuya. Yo soy Dios, y sé que eres diferente de tus hermanos en valor y corazón.



En seguida sacó una espada y, entregándosela, le dijo:

-Mañana, a la salida del sol, llegarás a una laguna en cuyas aguas divisarás un toro, el que te atacará en cuanto lo enfrentes. Si eres certero y consigues pegarle con esta espada en la frente, caerá partido en dos, pero rápida como una bala escapará de su interior una paloma. Sin darle un segundo de tiempo para que inicie su vuelo, la partirás de igual modo; de ella saldrá un huevo que tratarás de romper antes que toque tierra. Hecho esto, tendrás a tu alcance la flor que buscas.

El muchacho le dio las gracias y se alejó.

Todo se cumplió como le anunciara el viejito. En cuanto llegó, de inmediato del medio de la laguna se levantó el toro enfurecido. Fue llegar a él y quedar separado en dos; salió la paloma y la partió a un metro de vuelo, saltó el huevo, lo deshizo en el aire y, tomando la flor que de él caía, dio la vuelta camino a la casa del rey, su padre.

Llegó a la unión de los tres caminos y encontró a sus hermanos, que allí lo esperaban. Festearon la gran hazaña, pero la envidia los excitaba. Muy pronto resolvieron los dos hermanos mayores apoderarse de la flor y para ello mataron al shulca. Lo enterraron y siguieron contentos su camino.

Llegaron a casa del rey, que se alegró mucho al saberlos de regreso con la flor de la deidad. Le hicieron repetidas curas, pero ninguna produjo el resultado que anunció la bruja, y así se desvanecieron

¹ Shulca: hijo menor.

todas las esperanzas del rey.

Un día un pastor bajó con sus ovejas a darles de beber en un arroyo, y se sorprendió al ver un cañaveral que no había existido antes. Cortó una caña, hizo con ella una flauta y, al hacerla sonar, la flauta dijo:

*No me toques, pastorcito,
ni me dejes de tocar,
que mis hermanos me han muerto
por la flor de la deidad.*

Repetidas veces la flauta así le habló, y el pastor, todo asustado, dejó el rebaño y corrió con la noticia al rey. Sopló el rey la flauta y ésta dijo:

*No me toques, padre mío,
ni me dejes de tocar,
que mis hermanos me han muerto
por la flor de la deidad.*

Y así siguió hablando. Se cortaron otras cañas, se hicieron otras flautas y siempre todas hablaban como la primera. El asombro que esto causó hizo que fueran muchos a cortar cañas para hacer flautas. Y al mover y remover la tierra, arrancando cañas, sucedió que de golpe se levantó, todo empolvado, el hijo del rey. Todos quedaron asombrados al ver que el gran cañaveral era simplemente la cabellera del shulca, y que lo que cada flauta decía era la verdad.

El rey entonces comprendió lo que le decía la flauta, y sin hacer caso a los pedidos de perdón para sus hermanos que solicitaba el menor, mandó atarlos a las colas de dos potros bravos, dejándolos disparar espantados por el campo.

Después trajeron al shulca la flor que éste había conseguido; en cuanto le hizo la primera cura a su padre, éste quedó completamente sano. Y así el rey vivió muchos años en compañía de su hijo menor, sin preocuparle el merecido castigo que dio a sus hijos envidiosos.